



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO– B

Citas:

Jer 31,7-9:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9amlyk4.htm

He 5,1-6:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abso4e.htm

Mc 10,46-52:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9chdrjt.htm

«Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí» (Mc 10,48). El Evangelio de este Domingo nos presenta una de las invocaciones más conmovedoras del Nuevo Testamento: «¡Jesús ten compasión de mí!». Y la Iglesia, al comenzar la Santa Misa, pone en nuestros labios las mismas palabras del pobre ciego de Jericó: «*Kyrie eleison*» – «Señor, ten piedad»; y cada día repite a su Señor, realmente presente en la Eucaristía, las mismas palabras: «*Miserere nobis!*» – «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ¡ten piedad de nosotros!».

Podemos preguntarnos: ¿por qué la Iglesia nos invita, a nosotros, sus hijos, a implorar piedad? ¿Por qué nos hace rezar: «ten piedad de nosotros»? Quizás alguien podría pensar: ¿la fe no debería ser, más bien, para cada uno, fuente de alegría, y las Celebraciones un momento de fiesta? ¿Acaso no es mortificante semejante oración? ¿No es el eco de un estilo penitencial que resulta extraño a nuestra cultura?

Para responder, nos fijamos en la narración de San Marcos. Bartimeo, el ciego sentado en el camino que iba de Jericó a Jerusalén, escuchando que el que pasaba era Jesús el Nazareno, empezó a gritar suplicando: “¡Ten compasión de mí!”, y a cuantos le insistían para que se callara, respondía gritando aún más fuerte: «¡Ten compasión de mí!». La oración de Bartimeo es una oración rápida, segura, varonil, decidida, de

quien está acostumbrado a pedir, de quien sabe que su propia condición –la ceguera– no le permite hacer nada más que eso. Y Bartimeo pide, con todas sus fuerzas: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!».

Todo lo que sucede a continuación es el fruto de la humilde obediencia del ciego a lo que hace Cristo. En efecto, apenas Bartimeo sintió lo que le decían aquellos a los que Cristo les pidió que lo llamaran, reacciona inmediatamente, se levanta, deja de lado su manto y va hacia Jesús. Deja su manto, o sea, se priva de lo único que un pobre tenía para cubrirse y resguardarse en la intemperie; deja todo, como los discípulos, y se presenta delante del Señor, pobre y ciego.

«¿Qué quieres que te haga?». Jesús afirma así la dignidad de este hombre, la dignidad de todo hombre. «¿Qué quieres que te haga?». Toda la persona de Cristo, con su divina realeza, y todos los que lo acompañaban, ahora están a disposición de Bartimeo, el cual parece dominar la escena. El Señor, respondiendo a su grito, lo ha afirmado como antes nunca nadie lo había hecho y como nadie podrá hacerlo en adelante, porque en las palabras de Jesús– «¿qué quieres que te haga?» –, todo el Cielo se inclina delante del pobre mendigo. Dios, el Creador del universo, está atento a su criatura.

Y el ciego de Jericó, llevando a su culmen la tensión de esta escena, pide entonces de un modo más radical: pide a Cristo lo que nunca había podido pedir a nadie antes que ahora: «¡Maestro, que vea!». Y he aquí que resplandece la luz del día en el rostro de Bartimeo; he aquí que resplandece sobre él la luz del Rostro de Cristo, el más hermoso entre los hombres. He aquí que nace en su corazón la alegría verdadera, la «estupenda alegría sobre la cual, diría Dante, se funda toda virtud» (DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia, Paraíso*, Canto XXIV).

Cristo Dios, viniendo al mundo, le permite al hombre ir a lo profundo de su corazón y ponerle voz a las preguntas que lleva consigo y que, sin Cristo, serían para él sólo causa de desesperación. «Ninguno se atribuya a sí mismo este honor, hemos escuchado, si no quien es llamado por Dios » (*Hebr 5,4*). Ninguno, excepto Cristo,

puede asumir tal prerrogativa porque sólo Él, Amor crucificado, es fuente de Salvación para quienes le obedecen. Nadie, excepto los sacerdotes, aquellos a los que Él elige entre los mendigos de este mundo para que, levantado con Él hasta la Cruz, puedan dirigir a cada uno, esa misma palabra que ellos han recibido primero: «¡Ánimo, levántate, te llama!» (*Mc* 10,50).

Que la Virgen Santísima, Auxilio de los Cristianos, intercea por nosotros e infunda en nuestros corazones la certeza de que somos escuchado para gritar a Aquel que es nuestra Alegría: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”. Amén.